
LOS BALCONES DE MADRID, II

de Tirso de Molina
(Gabriel Téllez)

Sírvase notar que el texto presentado aquí está basada en el publicado en primera instancia en una suelta, sin fecha pero casi seguramente del siglo XVII, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París y luego en el TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL (Madrid: F. Grimaud de Velaunde, 1937). Este texto, como divulgado hace años por Harold G. Jones y yo en "Dos refundiciones tirsianas: `Amor no teme peligro' y `Los balcones de Madrid'," un artículo publicado en ESTUDIOS (nos. 132-135, 1981, pp. 133-55), es una refundición. Sin duda alguna representa la forma en que la obra fue presentada en el teatro popular, en contraste con la original destinada a presentación palaciega. En esta forma se basa también la traducción inglés que se encuentra en esta biblioteca electrónica. Consúltese además, la obra en su forma original en la misma colección.

LOS BALCONES DE MADRID, II

Personas que hablan en ella:

- **Don ALONSO, viejo**
- **Don ÁLVARO**
- **ELISA, dama**
- **Don JUAN, caballero**
- **Doña ANA, dama**
- **Don CARLOS, conde**
- **Don PEDRO, caballero**
- **LEONOR, criada**
- **CORRAL, gracioso,**
- **CONVIDADOS**

ACTO PRIMERO

Salen ELISA, con un papel en la mano, y CORRAL

ELISA: ¿Qué tantos extremos hizo
don Juan con la suerte y letra?
Corral, ¿qué tanto se holgó?

CORRAL: Háse holgado de manera
que es un holgazón de gustos,
y si en Burgos estuviera,
fundaran sus holgaduras
diez conventos de Las Huelgas.
De los versos que te escribe
saca tú, cual de madeja,
el hilo por el ovillo,
el mesón por la tableta.
Léele y verás que te paga
en décimas o espinelas
diezmo su amor sin ser cura,
alcabala sin que venda...
mas, quedo, que entran.

Sale don ALONSO

ALONSO: Elisa,
propicio el año comienza.
Pues ha llegado a esta corte
el que mis años aumenta.
Ya habrá venido el criado
pues no le encontré a la puerta.
Mas, ¿qué buscáis aquí vos?

CORRAL: (¡Concentainas y Palencias!) Aparte

ALONSO: Hablad. ¿Qué buscáis? ¿Quien sois?

CORAL: (San Tiento asista en mi lengua.) Aparte
Soy, señor, cierta persona...

(Persona, sí, mas no cierta Aparte
 porque nunca estoy en casa...
 ni persona, porque de éstas
 hay mucha falta en el mundo.)
 Distilo quintas esencias,
 limpio dientes, curo callos,
 hago moños, saco muelas.
 Llamóme desde el balcón
 una titular doncella...
 que afirman las hay de anillo...
 ¿Qué se le da de que mientan?

Quiere irse

ALONSO: ¿Qué es esto? Esperad, oíd.

CORRAL: Oidor es gran preeminencia;
 mas yo jamás he hojeado
 Parladorios ni Pandectas
 aunque hay letrados melones
 que escritos en las cortezas
 de vírgenes librerías,
 si los calan, son badeas.

ALONSO: (Este hombre es falto.) Aparte
 Esperad.

CORRAL: Quien espera desespera,
 y esperar sin esperanza
 es propio de la ley vieja.

ALONSO: ¿Hay humor más peregrino?
 ¿Qué buscáis?

CORRAL: ¿Yo? La escalera,
 que se me vuelve invisible
 y debe de ser parienta
 de la de los ahorcados,
 para la subida, cierta,
 pero para la bajada,
 franca tan solo al gurra.

ALONSO: (El criado que envió Aparte
 don Pedro a que me dijera
 que estaba ya en esta corte

es, sin duda.) No os dé pena
que os halle yo ahora en casa,
cuando ha de ser dueño de ella
el señor a quien servís.

CORRAL: ¿Mi señor?

ALONSO: A su firmeza
está mi Elisa obligada
como yo a sus muchas prendas.
Ha venido a estancia mía
para que a su sombra tenga
nuevo valor nuestra casa.
Reconocíle aquí cerca,
dile con la bienvenida
los brazos, y luego quejas
por dilatarnos los gozos
que medramos con sus nuevas.
Excusóse con decirme:
"Un criado mío os queda
aguardando en vuestra casa;
que por no darla molestia,
sin prevención y de noche
quise, a pesar de la priesa
de mi amor, hasta mañana
añadirme un día de ausencia."
Ya yo estuve con vuestro amo
y le di la enhorabuena,
viniendo pues de su parte
cuando albricias os esperan.
¿Qué temor os acobarda?

CORRAL: (Trocáronse las maletas Aparte
pues por otro me aplaudizan.
Transfórmome en el que piensan.)
Temí la venustidad
de esas canas circunspectas;
pero, pues hallan mis dichas
en su invierno primaveras,
besándote los coturnos
después de implorar tu vénia
y darte críticas gracias,
iré a pesarme de cera,

puesto que ya mis calzones,
según mi olfato, le pesan.

Vase

ALONSO: En tu silencio he notado,
Elisa, y en la tibieza
de tus ojos, cuán sin gusto
has recibido estas nuevas.
Pues, Elisa, ya mis años
necesitan de quien tenga
cuidado de ti y mi casa,
quien me alivie y te merezca.
Don Pedro es un mozo ilustre,
agradable su presencia;
conózcole y le conoces,
y tiene seis mil de renta.
Yo le tengo voluntad,
con que, quieras o no quieras,
te tiene de ver mañana,
y esotro han de quedar hechas,
sin falta, las escrituras,
o salir la noche misma
en un coche de Madrid
para un convento de Lerma.

Vase [don ALONSO]

ELISA: Todo mal no prevenido
es precursor del desmayo.
Mata repentino el rayo,
y si no, quita el sentido.
Instantáneo rayo ha sido,
don Juan, mi padre crüel;
mas privilégiamme de él
mi firmeza inexpugnable;
que aunque a todos formidable,
no hiere el rayo al laurel.

Cuando de mi amor discuerde
 y me amenazan congojas,
 no porque tiemblan las hojas
 el laurel su verdor pierde.
 Siempre firme, siempre verde
 sus rigores me verán
 y, si en perseguirme dan,
 morir es total remedio;
 que mi amor no admite medio
 entre la muerte y don Juan.

*Vase [ELISA]. Salen el conde don CARLOS y don
 JUAN*

CARLOS: No vi noche más clara y agradable.

El diciembre se ha vuelto en mayo afable.

JUAN: ¡Ay, Conde y señor mío!

Si Amor rapaz es todo desvarío,
 y como niño estima
 juguetes con que más su fuego anima,
 un favor, un juguete,
 venturas esta noche me promete
 que alegren mi tristeza
 si del modo que acaba el año, empieza.

CARLOS: Dejad estilos graves,

pues los de la amistad son más süaves;
 que siendo vos mi amigo,
 éste es, sólo, el blasón a que os obligo.
 Aunque tan recatado
 anda de mi amistad vuestro cuidado,
 y en él tan poco os debo
 que llamaros amigo no me atrevo.

JUAN: Creed que si fiárosle rehusó,
 no es por dudar de vos; mas porque el uso,
 que yo frecuento poco,
 no ha de juzgarme amante pero loco.
 Oíd filosofías
 de un peregrino amor que ha muchos días
 que siéndole obediente

en mí es naturaleza, no accidente;
 pero con presupuesto
 que no ha de seros, Conde, manifiesto
 el nombre de la dama;
 que me ha juramentado, y de mi llama
 tanto el secreto estima,
 que hasta en los ojos su secreto intima.

CARLOS: Decid, que os yo prometo
 que por mí no peligre este secreto.

JUAN: Yo, con Carlos, adoro
 la perla más que al nácar, más que al oro;
 el diamante que engasta
 la forma, más que a su materia basta.
 Quiero decir con esto
 que adoro a un alma con amor honesto,
 tan libre de apetito,
 que aun el pensarlo juzgo por delito.

CARLOS: Las gracias de un valiente entendimiento
 enamoran tal vez al pensamiento;
 mas si él solo os recrea,
 la dama que encubris será tan fea
 que el apetito os tasa
 y amando al dueño perdonáis la casa.
 ¿De qué sirven los ojos
 si estímulo no son de sus despojos?
 ¿Tenéisla por hermosa?

JUAN: Sol de los cielos es, del mayo rosa,
 y con ser como os pinto,
 mi amor del ordinario es tan distinto
 que puesto que mi vista
 se deleite de paso y no la asista,
 sin detenerse en sus despojos bellos,
 viriles son los ojos y por ellos
 adoro al huésped; que en tan noble casa
 mi voluntad honestamente abrasa.

CARLOS: Bien dicen que es locura
 amor; que en cada cual mostrar procura
 el modo en que se extrema.
 Mas, don Juan, cada loco con su tema.
 Que yo no me acomodo

a amar la parte a solas sin a todo;
 mas ¿vivís satisfecho
 que os corresponde con lealtad su pecho?

JUAN: Estoy cierto que vivo
 sin competencia en él, y que recibo
 favores, bien que honestos,
 al yugo alegre del Amor dispuestos.
 Y porque no os dé enfado
 el presumirme necio confiado,
 advertid que no ha un hora
 que echando suertes, fue mi protectora
 Fortuna de manera
 que me cupo mi dama, y que me espera
 por esto tan gustosa
 que el parabién se ha dado de mi esposa.
 Oíd el epigrama
 con que la suerte a su favor me llama:

Saca un papel don JUAN y léele

"Tendrásle de celos loco;
 mas vencerá tu firmeza,
 que en premio de tal belleza
 nunca mucho costó poco."

¡Este me ensoberbece! ¡Esto me escribe!
 CARLOS: ¡Qué de engaños, don Juan, os apercibe
 la propia confianza!
 El mar y la mujer, todo es mudanza.
 Ese favor, testigo
 del gozo con que os veo, esa fineza
 sorteada por vos fue sutileza
 de un ingenio doblado que conmigo
 como con vos procura,
 siendo arte, persuadirnos que es ventura.
 Antes que yo os hallara,
 vino su confidente en busca mía,
 y antes que pronunciara
 las nuevas que entre engaños me traía,

disfrazando intereses en caricias,
 me condenan en costas sus albricias.
 Oíd la letra agora
 común de dos, de quien os enamora:

*El conde CARLOS refiere de memoria la misma letra
 que leyó don JUAN*

"Tendrásle de celos loco,
 mas vencerá tu firmeza,
 que en premio de tal belleza
 nunca mucho costó poco."

JUAN: Pues, ésa, ¿no es la misma que yo os dije
 que acaba de enviarme?

CARLOS: Ésta os dirige
 y ésta me remitió, porque hay ya versos
 que sirven a propósitos diversos.

JUAN: A tanta costa mía
 venció vuestra probanza mi porfía.

¡Que si mi muerte instantes se dilata
 ni el basilisco mata,
 ni el rayo es homicida,
 ni el áspid salteador de nuestra vida!

Vase don JUAN

CARLOS: Envidia tengo a este hombre.
 Curioso, deseo ver esta hermosura,
 esta exageración, esta pintura,
 esta mujer sin nombre
 que finjo que me quiere y que la adoro.
 La letra y suerte repetí de coro
 que le usurpó mi envidia de los labios
 celosos sin noticia mis agravios
 registraré advertido
 sus pasos, sus acciones, su sentido,

hasta saber si son ponderaciones
o verdades en ella perfecciones.

Salen ELISA y LEONOR, en el balcón

ELISA: Mira si pasa don Juan.

LEONOR: ¿Querrásle arrojar las suertes
de los santos y la dama?

ELISA: ¿Para qué, si ya las tiene?
¡Ay, Leonor! Las que mi padre
violenta mi amor remedie;
pues si don Juan las ignora,
creerá, cuando no aproveche,
que le agravian mis mudanzas
y es mi padre quien le ofende.

LEONOR: Pared en medio a tu prima
tenemos. Si nos oyese
desde ese balcón vecino,
lo que sospechó aparente
la abrasará certidumbre.

ELISA: Escríbele que viniese
a remediar con industrias
peligros. Poco le deben
mis finezas.

LEONOR: No lo sabe,
ni hay sosiego que desvelen
seguridades de amor,
cuando ignora inconvenientes.
A tener competidor
tu don Juan...

ELISA: ¿Pues no le tiene?

LEONOR: Y tú un padre que no sufre
inobediencias rebeldes.

Sale doña ANA al otro balcón

ANA: (¡Miren si salió adivina Aparte
mi sospecha! Ni la ofenden
inclemencias de la noche,
ni testigos que revelen
desaires patrocinados
de un balcón su confidente.
Quiero escuchar a mi prima;
que ya los celos me ofenden.)

LEONOR: En la conseja está el lobo.
Doña Ana ha salido. Vete.
No ocasiones pesadumbres.

ELISA: Como tú a don Juan esperes,
y le digas lo que pasa,
lo cuidadoso que excede
a cuantos has aquí amaron.

Vase ELISA

LEONOR: Harélo; mas si me tiene
el Amor por doble espía
y doña Ana por su agente,
¿quién me obliga a defraudarla
sazones que el gusto teje?
Éste es don Juan; yo neutral,
los dejo. Viva quien vence.

Vase LEONOR. Salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Todo lo que te he contado
con su padre me pasó.

JUAN: En fin, ¿don Pedro llegó?

CORRAL: Y dicen que está hospedado
en esa casa que ves.

Y conoces, pues su dueño
tanto te ama.

JUAN: Si no es sueño,
yo estoy loco.

CORRAL: El interés

del esposo de futuro
al viejo está dando prisa.

JUAN: ¿Y estaba delante Elisa?

CORRAL: Tan bañado el candor puro
del crítico rosicler
que estas nuevas la feriaron;
que aun no se disimularon
viéndome allí.

JUAN: ¡Al fin mujer!

¡Ah, cielos!

CORRAL: Ya habrá su olvido
clamoreado por ti.
Mas doña Ana vive aquí.
Vuelve a casa, pan perdido.
Ama a quien te corresponde;
que Elisa en sustancia y modos
es libro de *Para todos*,
de ti, don Pedro y del conde.

Salen ELISA y LEONOR al balcón

ELISA: Yo le he sentido en la calle.
Mi padre duerme seguro.
Si remedios no apresuro
perderéle.

LEONOR: Llego a hablalle
y date prisa.

ELISA: ¿Ay, Leonor!
Por doña Ana no me atrevo.

ANA: (Aquí es don Juan. No es nuevo, Aparte
puesto que lo sea el Amor
que en mi ingrata prima muda,
hallarle aquí la mañana
todos los días.)

ELISA: Doña Ana,
hasta aquí celosa en duda,
si hablando con él agora
me viese, confirmará
malicias.

LEONOR: Mejor será
 que te retires, señora;
 pues si tu padre despierta
 y nos coge en el balcón,
 ya sabes su condición.

ELISA: ¡Ay, desdichas, que voy muerta!
 Darásle mañana aviso
 del mal que, pared en medio,
 si Amor no busca remedio
 nos asaltó de improviso.

LEONOR: Harélo.

ELISA: ¡Qué eterno plazo
 para quien muere de prisa!

*Retíranse del balcón ELISA y
 LEONOR*

JUAN: ¿Entróse?

CORRAL: Entróse la Elisa
 y pegónos ventanazo.

JUAN: Pero yo en su busca...

CORRAL: ¿Estás loco?

*[Don JUAN] quiere entrar en la casa y
 detiéndele CORRAL*

JUAN: He de saber si se dan
 premios...

ANA: ¡Ah, señor don Juan!
 Puesto que me debáis poco,
 por el huésped que aposenta
 mi casa, y de vuestro amor
 es dichoso ursupador,
 que esperanzas os violenta;
 por lo bien que os he querido;
 por lo mal que habéis pagado
 finezas de mi cuidado,
 retornos de vuestro olvido;

si los desengaños curan
quisiera en vuestros desvelos
ser médico.

[CORRAL] habla aparte a su amo

- CORRAL: Dala celos
a Elisa; que estos apuran
mudanzas convalecientes.
Finge que a doña Ana adoras
que industrias competidoras
son torcedores valientes.
Pene, rabie, muerda el ajo.
- ANA: ¿Tan enajenado estáis,
señor don Juan, que faltáis,
hasta en esto os aventajo,
a obligaciones corteses
pues aun no me respondéis?
- JUAN: En parte acertado habéis
pero no es los intereses
que a este sitio me han traído
si vuestro enojo imagina
que son por vuestra vecina;
porque, en fe de haber perdido
por culpa mía el favor
que le debí a vuestro agrado,
al paso que escarmentado
vuelve corrido mi amor.
Ni tiene lengua mi culpa
ni es justo que la pretenda,
si asegura más la enmienda
quien callando se disculpa.
Amor que ignora el desdén
ciego y niño, como tal
muchas veces se halla mal
en donde le tratan bien.
- ANA: Niño que da pesadumbres
y regalado se va,
¿quién nos le asegurará

vuelto con malas costumbres?

Mucho hay en él que temer;
que es compasión peligrosa
el veros, aunque piadosa,
amarme a más no poder.

Pero en fin, culpas primeras
en rapaces, dignas son
por esta vez, de perdón.

Volviendo pues a las veras,
ya sabréis que es huésped mío
don Pedro, el que ha de ser dueño
de mi prima. Éste es empeño
de don Alonso mi tío,

y gusto también de Elisa,
que, aficionada por fama,
de Talavera le llama
y por escrito le avisa

lo que con ella han podido
noticias que de él la dan.

Prométoos, señor don Juan,
que vuestro agravio he reñido.

Resuelta, en fin, me responde
que a su padre agradar trata.

JUAN: ¡Es tan mudable esa ingrata!
¡Con don Pedro, con el conde!

Hace que se va

¡Conmigo, con vos! ¡Ah, cielos!
¡Ah, agravios! ¿Cómo no entráis?
¿Cómo...?

ANA: Don Juan, ¿dónde vais?
¡Vos en mi presencia celos!
¿Y os blasonáis de enmendado?

[CORRAL] habla aparte a su amo

CORRAL: Di nones a la garrucha.

¡Cuerpo de Dios! Que te escucha
doña Belerma y la has dado
cuerda con tu sentimiento.

Pide a doña Ana perdón;
más cebolla al salpicón,
más vinagre, más pimiento.

ANA: ¡Poco mi presencia os debe!
No, don Juan, andad con Dios.

Hace que se va

JUAN: ¡Señora, señora! A vos
que sois mi dueño, se atreve
esta calentura loca.
Que, porque agravios olvide
en fe que ya se despide,
salió su fuego a la boca.

CORRAL: Ya está para vos barrida,
desembarazada ya.
La lengua dijo, "¡Agua va!"
Jugó a salga la parida.

JUAN: ¡Quedo, necio! Mejoró
mi amor en vos de deseos.

*Salen ELISA, al balcón, y después
LEONOR*

ELISA: Don Juan, don Juan, recogeos.
Ea, que os lo mando yo.

Vase

CORRAL: (¡Oigan allí qué "Yo el Rey!") Aparte
No te des por entendido.
Prosigue.

JUAN: Ya he conocido
la fe, la lealtad, la ley

que en vos perdí por ser loco.
 Fénix sois única y rara.
 El bien que no se compara
 con otro se tiene en poco.
 Si la fe que manifiesto
 vuestro enojos no ablanda.

Vuelve a salir ELISA

ELISA: Don Juan, ¿sabéis quién os manda
 que despejéis ese puesto?

Asomándose [LEONOR]

LEONOR: Que estás en riesgo notable
 y es todo oídos mi señor.

ELISA: ¿Qué riesgo? ¿Qué mal mayor?

LEONOR: Ven.

ELISA: ¡Para ésta, don mudable!

*Vanse del balcón ELISA y
 LEONOR*

JUAN: ¿Fuéronse?

CORRAL: Dadas a perros.

JUAN: Adiós, doña Ana.

ANA: Esperad.

JUAN: Celos son temeridad,
 que abrasada, hace estos yerros.
 Yo no os quiero, yo no os amo.
 Yo, doña Ana, adoro a Elisa.

Vase

ANA: ¡Corral, Corral!

CORRAL: Voy de prisa.

ANA: ¿No le llamas?

CORRAL: No le llamo.

ANA: ¡Ah, cielos! ¡Ah, industrias vanas!

¡Ah, Amor! ¡Locura y no Dios!

Vase

CORRAL: Echaos del balcón las dos.

Irán rocín y manzanas.

Vase. Salen ELISA y LEONOR a la puerta de su

casa

ELISA: Déjame, Leonor, que aquí
no hay riesgo cuando nos halle.

LEONOR: ¿No? ¿En el zaguán de la calle?

ELISA: ¡Ay, estoy fuera de mí!

Mira si habla todavía
don Juan con esa mujer.

LEONOR: Vuélvete tú a recoger

y corra por cuenta mía

el reducirle a tu amor.

ELISA: Si tú salieses con eso...

LEONOR: Celos le alteran el seso.

Halla casi poseedor

de tu belleza y tu casa

a un hombre recién venido.

Piensa que tú le has traído.

¿Qué mucho, pues, si se abrasa?

Desengañaréle yo.

ELISA: Sospecho que se fue.

LEONOR: ¿Qué importa? Su casa sé.

Ya el alba se esperezó;

presto asomará despierto.

Con ella amanecerá

tu esperanza. Vete ya,

y confíame esta puerta.

ELISA: Leonor, si me le reduces,

redimiste mis desvelos.

LEONOR: Los crepúsculos y celos
andan siempre entre dos luces.

Saldrá el sol que los alumbre
si es sol bello el desengaño.

ELISA: Voyme pues.

Vase

LEONOR: ¡Año, buen año!

Enredar es mi costumbre.

Con el año que hoy comienza
embustes he de empezar.

¿Qué no sepa desatar
la más hembra sutileza?

Salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Pues, ¿a qué diablos volvemos
a andar otra vez la noria?

¿Hoy dormimos de memoria?

JUAN: Más impacientes extremos
me sacan fuera de mí.

Aquí se encendió mi fuego,
aquí perdí mi sosiego,
y vuelvo a buscarle aquí.

LEONOR: Señor don Juan, dos razones
por despedida, no más.

JUAN: ¡Oh mi Leonor! Si tú estás
de por medio, mis pasiones
ya se me vuelven en gozos.

LEONOR: Mensajero soy, no tengo
la culpa. De parte vengo
de mi señora. Los mozos,
como vuesasted, mudables,
con brevedad se consuelan
de agravios que los desvelan,
pues no hay celos incurables.

Dícele pues mi señora
 que en fe de que no merece
 a vuesasted, y obedece
 a su padre, que está agora
 resuelto en darnos marido,
 y esta mañana han de ser
 las vistas, pretende ver
 finezas de bien nacido
 en vuesamested, echando
 tierra a pasados favores;
 pues, no siendo más que flores,
 ellas se irán marchitando;
 que le asegura que está
 notablemente prendada
 de la presencia aliñada
 de quien la mano le da.

Ella, en fin, dice que es justo
 ser a su viejo obediente
 y más, viendo que al presente
 preceptos añade al gusto;
 que le suplica y conjura
 con todo encarecimiento
 no desazone el contento
 que la ofrece esta ventura;
 que doña Ana tiene acción
 a su antigua voluntad,
 hechizos en su beldad,
 picante en su discreción;
 que no la haga mal casada,
 y que desde hoy más, adiós,
 don Juan, porque para vos
 ésta es la puerta cerrada.

Vase [LEONOR] y cierra

CORRAL: Dice y hace. Echó la aldaba.

JUAN: Este desengaño ha sido
 Santelmo de mi sentido.
 ¡Qué derrotado que andaba!

¡Plegue a Dios, si más pisare
 estas piedras, si pusiere
 aquí los pies, si la viere,
 si más de ella me acordare,
 que un rayo...! Ya tengo vida.
 Celos son mal cirujano
 porque curan sobre sano
 y respiran por la herida.

*Vanse [CORRAL y don JUAN. Salen ELISA y LEONOR]
 abriendo la puerta de la calle*

LEONOR: ¿No nos oíste?
 ELISA: No pude
 porque estaba algo distante.
 LEONOR: Pues, señora, nuestro amante
 a obligaciones acude;
 que por primeras estima.
 No hay poderle convertir.
 Agora le vi salir
 de visitar a tu prima.
 Persuadíle; pero en vano
 a tus finezas le obligo,
 porque dice que es amigo
 de don Pedro y que la mano
 delante de él ofreció
 a doña Ana; que obedezcas
 a tu padre y apetezcas
 dueño que el cielo te dio;
 que fue una efímera loca
 su amor y, sin aguardarme,
 me dejó, por no escucharme,
 con la palabra en la boca.

Salen don JUAN y CORRAL, muy alborotados

CORRAL: ¿Otra visita a este sitio?

JUAN: Morir quiero por matar.
Hoy veremos si a firmezas
es razón...

CORRAL: ¿Adónde vas?

JUAN: ¿No te digo que a morir
por dar muerte?

CORRAL: No has de entrar.

JUAN: ¿Tú me impides? ¡Vive el cielo...!

CORRAL: Vivió, vive y vivirá.

JUAN: ¿Quieres que la daga saque?

CORRAL: Lllamaránte irregular.

JUAN: Apártate, no ocasiones...

CORRAL: Tú las ocasiones das.

A ELISA

JUAN: Bésoos, señora, la mano.

ELISA: ¡Jesús, señor! ¿Aquí estáis?
Suspensiones cuidadosas,
hijas de una novedad,
me excusan no haberos visto.

JUAN: Como es dueño principal
de los sentidos el alma,
y en ella aposeionáis
al dichoso que os merece,
¿quién duda que os llevará
para darle la obediencia
la vista que me negáis?
Yo, también, interesado
en vuestra felicidad
por vecino y por pariente...
Si este título extrañáis,
por doña Ana vendré a serlo
en grado de afinidad.
Vengo todo parabienes
de esperanzas que veáis
brevemente posesiones

y éstas duren siempre en paz
siglos que juzguéis instantes.

ELISA: En ellos, señor don Juan,
eternicéis con mi prima
tan cuerda conformidad;
que yo, mil veces dichosa,
con el deudo que me dais
el parabién os retorno.

CORAL: (¡Con salsa de para mal!) Aparte

JUAN: Vengo a veros demás de esto
porque os quisiera excusar
lástimas impertinentes
que es fuerza que me tengáis.
¿Juzgaréis que permanezcan
cenizas, para señal
de incendios que recién muertos
palpitando agora están?
Pues no, Elisa, no por esto
las sazones impedáis
que os ofrece Talavera;
que no lo son con azar.
Mi libertad despedida,
ya de veras libertad,
para volverse a su centro
me anduvo anoche a buscar.
Encontróla vuestra prima
y, como la voluntad
de criados que son fieles
suele reliquias dejar
de afición en sus señores,
fue fácil en su piedad
que olvidando sentimientos
se volviese a acomodar.
No ha mejorado de dueño;
pero tan contenta está
que si os faltasen los gustos,
os los pudiera feriar.

ELISA: Tenéis vos tan movediza
el alma que vida os da
que en dos días se envejece

violentada en un lugar.
 Quien dueños a meses muda,
 por más que sirva, no hará
 palacios con azulejos.

CORAL: (Acoto con el refrán.) Aparte

ELISA: No os tengo lástima a vos,
 pues siendo la liviandad
 tan propia cosecha vuestra
 seguís vuestro natural.
 A doña Ana, sí, y no poca,
 que podrá con vos juntar
 al pésame de perderos
 los plácemes que la dan
 segunda vez de adquiriros;
 porque en vos tan cerca está
 en materia de firmezas
 el salir como el entrar.

JUAN: ¿Quisiéredes vos agora,
 contra la serenidad
 y quietud de mis afectos
 que vos infiernos juzgáis,
 que ofendida mi paciencia
 soltara todo el raudal
 de amenazas y locuras
 que acostumbran fulminar
 los agravios y los celos
 que me empiezan a matar?
 Pues, creedme, a fe de libre,
 que a poder vos registrar
 lo que pasa acá en mi pecho
 donde ni estaréis ni estáis,
 os partiéredes corrida
 porque no se juzga ya
 si a amantes no desespera
 por valiente una beldad.

ELISA: Por vida vuestra que os creo;
 aunque el ver cuál madrugáis
 a alegar satisfacciones
 me ha dado qué sospechar.
 ¿Qué sería, si así fuese?

Que ya yo vi rotular
libros en el pergamino
que siendo de humanidad
pasan plaza de devotos
profanando su disfraz.

JUAN: Pues hagamos una cosa
vos y yo, porque creáis
cuan preservado me tienen
escarmientos de ese mal.
Yo quedaré por perjuro
sin palabra, sin verdad
sin estima, sin nobleza
como vos lo propio hagáis.
¿Qué respondéis?

ELISA: Que seré
en eso tan puntual
como en pedirlos agora
que me dejéis y que os vais.
Y para que echéis de ver
con cuanta conformidad
estamos los dos en eso,
añado una cosa más
que os desengañe del todo.

JUAN: ¿Y es la cosa?

ELISA: Que os sirváis
de que yo madrina sea
de doña Ana.

JUAN: Será igual,
Elisa, mi desempeño,
si me permitís honrar
siendo yo vuestro padrino.

ELISA: ¡Jesús! Con esto estarán
cabales todas mis dichas.

CORRAL: (¡Fuego de Dios cuál se están Aparte
abrasando unos con otros!
¿Mas, que para en tempestad?)

JUAN: En fin, ¿estamos conformes
los dos en esto?

ELISA: ¡Y qué tal!

JUAN: Quien primero se acordare

del otro...

ELISA: ...merecerá

descréditos de perjuo.

JUAN: Mucho haréis si lo juráis.

ELISA: ¿Yo? ¡Por vida de don Pedro!

¿Pretenderéis vos vengar

jurando la de mi prima?

¿Que todo vuestro caudal

se ha cifrado en ese juro?

JUAN: Eso os debe de abrasar;

mas la vida de don Pedro

no es cosa en que mucho os va.

ELISA: ¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

JUAN: Hasta agora libre estáis.

Yo sé que vuestra alma esconde

otro que os importa más.

Jurad por él y os creeré.

ELISA: ¿Y es?

JUAN: Por vida de don Juan.

ELISA: ¡Jesús! ¡Qué gran desatino!

No me acordaba de él ya.

¿Vos no veis si por él juro,

que habiéndole de nombrar

pierdo con vos el apuesta?

Dios le perdone.

JUAN: Jurad

por vida de todo aquello

que más queréis y estimáis.

ELISA: Don Pedro viene a ser ése.

JUAN: Si es don Pedro, ¿qué se os da?

ELISA: ¿Para qué he de repetirlo?

JUAN: ¡Qué engañosa que rehusáis!

Jurad por vida de Carlos.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿El de Roldán,

o el español Carlos Quinto?

JUAN: Negad, Elisa, negad

un conde que en vuestras suertes

sirvió de encuentro y azar

para encumbrarse en mis dichas

hallándose tan capaz

en vos el alma que a un tiempo
 tres en ella aposentáis:
 a don Pedro, a mí, y al conde
 y entre ellos mi libertad
 más que todos infelice,
 porque os supo querer más.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿Qué conde es éste?
 ¿Qué azares? ¿Qué encuentro? ¿Estáis,
 don Juan, en vuestro jüicio?
 Descaminos enfrenad
 o ¡vive el cielo...!

JUAN: Sentís
 aprietos de la verdad;
 que en fe, mudable, de serlo
 se tienen de rubricar
 con mi sangre.

ELISA: ¿A la daguita
 la mano? ¡Oh, qué singular
 paso para una comedia
 de las de veinte años ha!

LEONOR: Tu padre, prima y don Pedro
 entran a verte.

ELISA: Don Juan,
 yo te quiero, yo te estimo,
 yo te adoro. Cesan ya
 burlas que abrasan de veras.
 Paren enojos en paz.
 Éstrate en ese aposento

y en él oculto, serás
 testigo de las finezas
 de un amor por ti inmortal.
 Escóndete hasta su tiempo.

JUAN: Un siglo un hora será.
 ¿Si te casas? ¿Si me olvidas?

ELISA: Por la hermosa claridad
 del sol, padre de las gentes,
 por la vida que me das
 viéndote amante y con celos,
 y por ti, que es mucho más.

¡O morir o ser tu esposa!

LEONOR: ¡Que entran, señores!

ELISA: Don Juan,
si doña Ana te me usurpa,
¿qué he de hacer?

JUAN: ¿Cómo podrá
contra el sol la oscura noche
resplandores alegar?

ELISA: ¿Entras?

JUAN: Entro con la fe
de tu palabra.

Vase [don JUAN y ELISA]

CORRAL: ¿No habrá,
Leonor, para mí un candil?
Que a oscuras he de maullar
como gato entre dos puertas.

LEONOR: No hay gota en él.

CORRAL: Pues serás
virgen loca si no hay gota.

LEONOR: ¿Y tú?

CORRAL: ¿Yo? Gotacoral.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen el conde CARLOS y LEONOR

CARLOS: Tengo un poco que deciros.

LEONOR: ¿Vos a mí? Viniera bien,
si yo fuera Inés, aquello
de "un poco te quiero, Inés."

CARLOS: Decís verdad; mas no sufre
la prisa con que me veis
el remate de la copla,
"yo te lo diré después"
porque si esta ocasión pierdo,
la esperanza perderé
que en vuestro favor estriba.

LEONOR: Terrible tiempo escogéis,
mi señor. Es esa sala,
que divide esta pared,
con su hija y con don Pedro,
hoy su yerno, ausente ayer,
conciertan las escrituras.
Y están presentes con él
su sobrina, y de ambas partes
deudos que han venido a ser
testigos de nuestras bodas.
Pues la hora... ya lo veis.
Las doce el reloj ha dado
y vinieron a las diez.

*Échale el conde CARLOS en la manga un
bolsillo*

¡Ay! ¿Qué es esto que en la manga
suena?

CARLOS: No os alborotéis
que aunque pesan, no son cantos
que os descalabren.

LEONOR: ¿Pues, qué?

CARLOS: Unos pocos de doblones
para que facilitéis
deseos; que cumple a damas
la calle del interés.

LEONOR: ¿En el siglo de vellón
doblonos? Vos entraréis
mejor, si así granizáis,
que el planeta ginovés.
Baldada me habéis cogido
del manjar que siempre fue,
cuando se hace el Amor hombre,
codillo de la mujer.
Parecíisme un pino de oro
pues fruto de oro ofrecéis,
y ellos, en fe de difuntos,
cada cual será un ciprés.
¿Amáis a Elisa o a doña Ana?

CARLOS: Antes que noticia os dé
de mi amor, que en vos consiste,
deciros quién soy es bien.
¿Conocéis al Conde Carlos?

LEONOR: Conde Claros sois? ¿Tendréis
como las obras el nombre
porque no puede ofrecer
doblonos, estrellas de oro,
sino un cielo cuando esté
claro como un Conde Claros.
Ya yo he oído encarecer
a un don Carlos, señoría
nuestro vecino, de quien
dicen que si el nombre es César,
que en el obligar es rey.

CARLOS: Yo sacaré verdadera
con vos esa fama. Haced
mis partes, y si se logran,
Leonor mía, no cuidéis

de vuestro dote y ventura.

LEONOR: Bésos la[s] mano[s] y pie[s],
que atada de ellas y de ellos
vuestra esclava soy.

CARLOS: Oíd, pues.

Exageróme un amigo
que tengo y vos conocéis
con tanto extremo esta noche
la dama a quien quiere bien.
Tanto encareció sus partes,
tan suspenso le escuché,
tan ponderativo anduvo,
tan curioso yo con él
que ausentándose de mí
sin dárme la a conocer,
en su retrato mi envidia
pienso que puso el pincel.
Como de la novedad
hija la admiración es,
y ésta madre del deseo,
¡juzga de tanta preñez
cual saldría el apetito!
Porque en mí fue tan crüel
que obediente a sus impulsos
su amistad atropellé.
Hice seguirle a un criado.
Fue diligente tras él.
Vióle en casa de doña Ana.
Que la amaba sospeché.
Digna fuera su hermosura
de abrazarme, a no saber
que don Juan adora a Elisa;
porque saliendo después
de con doña Ana, turbado,
en la calle le escuché
fulminar con quien le sirve
las locuras que un desdén,
un olvido, una mudanza,
suele arrojar de tropel.
Impedíale el criado

la entrada, por conocer
el riesgo de sus arrojios;
pero tan en vano fue
que a pesar de sus avisos,
yo mismo le vi poner,
ciego, la mano en la daga
y en sus umbrales los pies.
Entró, en fin, habrá dos horas
mas no salió. Vos sabréis,
como confidente suya,
Leonor, lo que se hizo de él;
que yo, con celos primero
que amante, un rato dudé
a las puertas de la calle
entre celoso y cortés
si entraría o no entraría
hasta que por no ofender
la quietud de quien adoro
mis deseos retiré.
De su padre y de don Pedro,
don Álvaro y don Miguel,
doña Ana y otros amigos,
entre todos cinco o seis
que son los que están agora,
conforme dicho me habéis,
haciendo las escrituras
y dándola el parabién.
Disimuléme criado
con los demás y llegué
a la presencia de Elisa,
mereciendo en ella ver
tanto cielo, gracia tanta
que en don Juan quedó esta vez,
aunque dijo cuanto supo,
avaro en encarecer.
Yo la adoro, Leonor mía,
yo estoy loco. Podrá ser
que cuanto más imposible
mis esperanzas la ven,
me parezca más hermosa.

Sin ella, no lo dudéis,
 es la vida en mí tan ardua
 como, cortado, al clavel.
 Vos sola sois mi remedio,
 vos tenéis sola poder
 para conservar mis años
 en el mayo en que los veis.
 ¿No es mejor para condesa
 la hermosa Elisa? ¿No es
 mejor para señoría,
 Leonor, que para merced?
 Pues con una acción no más
 que esta noche ejecutéis,
 ella os deberá mi estado,
 yo la vida os deberé.

LEONOR: Conde, decid, que doblones
 en mangas deben de ser,
 granos, por San Juan, de helecho,
 pues desde que los toqué
 os quiero más que a mi vida.

CARLOS: Quinientos de ellos tendréis,
 para casaros, seguros.
 Oídme y proseguiré.
 Don Pedro, Elisa, su padre
 y los demás que sabéis,
 con las dichas escrituras
 quieren mi sepulcro hacer.
 En el semblante de Elisa,
 que siempre del alma fue
 intérprete fidedigno,
 el pesar eché de ver
 con que estas bodas permite.
 No sin causa malicié
 que don Juan es el motivo
 de que no las lleve bien.
 Si vos, antes que se firme
 el riguroso papel,
 alegando nulidades,
 por mi esperanza volvéis
 diciendo fuisteis testigo

de que su palabra y fe
 me dio con la mano hermosa
 y que no consentiréis,
 que por temor de su padre,
 quebrando al cielo la ley
 que en estos casos dispuso,
 vos por ella os condenéis,
 sus intentos estorbáis,
 yo, en fin, resucitaré.
 Vos tendréis en mí un esclavo
 y a Elisa redimiréis.
 ¿Qué decís?

LEONOR: Que ya es más caro,
 Conde, de lo que pensé
 el oro que me enmangasteis;
 pero, ¿qué tengo de hacer?
 Mas si a los primeros lances
 pretende el viejo crüel
 ser en mí leonoricida,
 ¿quién me podrá socorrer?

CARLOS: Yo, Leonor, yo que he de estar,
 si advertida me escondéis
 donde de vuestras agencias
 siendo testigo sea juez.

LEONOR: Alto, nunca las hazañas
 discursivas han de ser.
 Todo consejo es cobarde
 si padre del miedo es.
 Entraos en ese aposento
 que es donde duermo, y poned
 toda el alma en los oídos.
 Sabrán lo que me debéis.
 (En el otro está don Juan. Aparte
 A pares empieza el mes.
 ¡En mi casa las tramoyas!
 Conde es Carlos, yo mujer;
 doblones los que me hechizan.)
 ¿Entráis?

CARLOS: Entro para hacer
 vuestra fortuna envidiada.

Entra el conde CARLOS

LEONOR: Dios vaya conmigo, amén.

*Salen don ALONSO, don PEDRO, doña ANA, ELISA
y otros*

ALONSO: Elisa, no ocasiones
sospechas a tu fama;
que ni te han de valer tus evasiones,
ni a quien con tantas veras y fe te ama
consentiré quejoso
pues con tu gusto vino a ser tu esposo.

ANA: Prima, si ésta no es tema
y quieres a don Pedro, ¿qué hay que tema
la dilación de un día que encareces?
Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA: Deja para los viejos,
pues que no peinas canas, los consejos
si no es que interesada
te importa el verme a mi pesar casada.
Conozco lo que medro
feliz consorte del señor don Pedro,
y estoy reconocida
al amor que me muestra,
mas tengo prometida
una novena a la patrona nuestra
de Atocha, y así trato
que se quede por hoy este contrato.

ALONSO: Cúmplela desposada
con más quietud y menos registrada;
que aunque las estaciones
son tan santas de suyo, hay ocasiones
en que las juventudes
profanan ejercicios de virtudes.
No apures mi paciencia.
Firma esas escrituras

o apercibe tu loca resistencia
 a un convento de Lerma en que tus tías
 en su clausura enmienden tus porfías.

ELISA: Escojo, pues a mi elección lo dejas,
 por mejor que entre rejas
 sujeta siempre viva
 que a quien no tengo amor servir cautiva;
 pues si uno y otro al fin es cautiverio,
 más noble me le ofrece un monasterio,
 y más vale medrando eterno nombre
 ser esclava de Dios que no de un hombre.
 Y porque creas cuán constante afirmo
 la determinación de tus venganzas,
 rasgo en estos papeles esperanzas;

Rásgalos

que de esta suerte yo violencias firmo.

ALONSO: Detén, inadvertida.

Saca la daga

la mano, si no intentas que en tu vida
 mi enojo satisfaga.

LEONOR: ¿Está en sí, vuestasted? Tenga la daga,
 que siendo tan cristiana mi señora,
 (La chanza encajo agora.) Aparte
 y esposa de quien burlan, presumidos,
 no ha de tener a un tiempo dos maridos.

ALONSO: ¿Qué dices?

PEDRO: ¿Cómo es eso?

ELISA: ¿Estás en ti, Leonor?

LEONOR: Todo mi seso

está como solía.

Señores, mi señora es señoría.

Un conde la confiesa;

él por su esposa y yo por mi condesa.

Ayer le dio la mano

besándosela amante y cortesano.
Yo fui el cura y testigo.

Aparte doña ELISA y LEONOR

ELISA: ¡Desatinada, advierte...
LEONOR: Ve conmigo.
que esto importa al engaño.
ELISA: ¿Pues no ves que resulta ya en mi daño;
que está don Juan oyendo tus quimeras
y que ha de imaginar que hablas de veras.

En voz alta

LEONOR: En balde me cohechas al oído.
Más quiero mi conciencia. Tu marido
es el conde don Carlos.

A doña ELISA

Ve conmigo, que así puedes burlarlos.
ALONSO: ¿Qué conde o desventura?
LEONOR: Esto es notorio.
Delante de mí se hizo el desposorio.
¿De qué forman espantos?
¿Es mucho un conde donde sobran tantos?
Él jura, endoselando estas paredes,
en señorías mejorar mercedes.
Y que apetezca yo, no es maravilla,
ver las espaldas vueltas a una silla.
ALONSO: Ya digas la verdad o ya estés loca.
Tu atrevimiento mi furor provoca
a que en tu sangre vil...

Va a darla

nuestras almas vino a unir.
 Avisóme de la ofensa
 en que todos incurrís
 tiranizando su imperio.
 Caballeros advertid
 que es mi esposa, y que si os pesa,
 y lo queréis resistir,
 será fuerza el defender
 mi acción y fama o morir.

ALONSO: Conde, entre los generosos
 siempre fue hazaña civil
 hurtar el cuerpo a las leyes
 y al sol el rostro encubrir.
 Elisa casi os iguala,
 si la amáis como decís
 un mes ha con fin honesto,
 pudiéndomela pedir
 seguro de vuestro abono,
 ¿por qué de noche venís
 a usurpar jurisdicciones
 y esperanzas deslucir?

PEDRO: Intenten pobres vulgares
 medrar por medio tan vil
 calidades a sus casas
 ennobleciéndose ansí;
 que es lo que es disculpa en ellos
 viene a ser, pues los seguís,
 defecto vituperable
 digno en vos de corregir.

ALONSO: Oblígueos, pues sois tan noble,
 la templanza que advertís,
 a pesar de tanto agravio,
 en mi enojo, y elegid
 a satisfacción de partes
 esposa con quien vivir
 sin que menosprecios llore
 después si os arrepentís.

ELISA: Señores, ¿qué disparates
 nos pretenden consumir
 el seso con la paciencia?

Yo, ¿cuándo os correspondí?
 ¿Cuándo os tuve por amante?
 ¿Cuándo, conde, os llegué a oír
 deseos de pretendiente?
 ¿Cuándo os hablé? ¿Cuándo os vi?

LEONOR habla aparte a doña ELISA

LEONOR: ¡Que lo echamos a perder,
 señora! ¡Pobre de mí!
 El conde viene a librarte
 con este ingenioso ardid
 de tu padre y de don Pedro.

LEONOR habla aparte a doña ANA

Si esta vez sabes fingir,
 libre tu don Juan te queda.

LEONOR habla aparte a doña ELISA

Que es tu esposo el Conde di,
 y dale todo por hecho.

ELISA: (¿Hay quimera más sutil? Aparte

A doña ANA

Doña Ana, ayúdame ahora;
 que sólo te importa a ti
 que se case con el conde.

A doña ELISA

ANA: Amiga, vuelve por mí.
 (Lo que Leonor me aconseja Aparte

me está de perlas. Salid,
 ciego Amor, a vuestra causa;
 que si llegáis a impedir
 que don Juan de Elisa sea,
 mi esperanza conseguí.)
 El callar es ya culpable,
 señores, y el resistir
 al cielo y temeridad.
 Con Leonor testigo fui
 de cuanto ha propuesto el Conde.
 Él la dio el alma, ella el sí;
 conformidad las estrellas,
 la noche ocasión y, en fin,
 don Pedro culpe a sus hados
 y téngase por feliz
 esta casa, pues, merece
 dueño tanto.

ALONSO: ¡Que por ti,
 inadvertida, liviana,
 haya mi honor de salir
 a la vergüenza! ¿Qué dices?
 ¿Qué respondes?

ELISA: Que encubrir
 verdades tan manifiestas
 no es posible; que seguí
 los consejos de doña Ana
 sin poderme reducir
 a querer bien a don Pedro,
 y que el Conde vive en mí.

Sale don JUAN

JUAN: Ya es infamia el sufrimiento.
 Déjame salir a dar
 desahogos al pesar,
 avisos al escarmiento.
 Pretender que en el tormento
 sufra las penas atroces
 la congoja y no dé voces

con el agravio es lo mismo
que enfrenar sobre el abismo
los huracanes veloces.

Todos me habéis ofendido;
de todos juntos me quejo:
de un ciego y avaro viejo;
de un amigo fermentado;
de mí mismo inadvertido;
de Elisa, en cuyo poder
me he perdido sin temer
que es de las mudanzas dueño
y sombra, flor, pluma, sueño,
la palabra en la mujer.

No ha un hora que me juró
con afectos apacibles
atropellar imposibles
que en mi favor despreció.
No ha media que prometió
ser a violencias diamante.
No ha un instante que inconstante
anegó mis esperanzas.
¡Considerad las mudanzas
de una hora, media, un instante!

Todos mi mal prevenís.
Loco por todos parezco.
A todos os aborrezco
pues todos me perseguís.
Si estos oprobios sentís,
venid a contradecirme.
Sígame el necio que afirme
que no es infeliz quien ama,
que Amor su imperio no infama
y que hay hermosura firme.

Vase don JUAN

PEDRO: Oye, don Juan, que es preciso
el medio que ha de valerme.
Arrojado he de perderme.

No perdonarte remiso.
 Yo pondré a tu poco aviso
 freno y límite bastante
 aunque desde aquí adelante
 juzgue quien mi agravio siente
 que le restauré prudente
 si le descuide ignorante.

Prevencción discreta ha sido
 Elisa, la que hecho habéis;
 pues, porque os sobren tenéis
 en cada sala un marido.
 De los tres que hemos venido
 podéis a gusto escoger
 y esta casa no temer
 lo que muchas necesitan
 si las que poco se habitan
 a pique están de caer.

¡Tanto huésped encerrado!
 ¡Notable capacidad
 tiene vuestra voluntad
 pues a tres lugar ha dado!
 Puesto que he sido llamado
 renuncio el ser escogido.
 En Talavera he vivido,
 en ella de mí os servid
 aunque aquí y allá advertid:
 se quiebran de una manera
 los platos de Talavera
 y las damas de Madrid.

Vase don PEDRO

CARLOS: Ya, señora, dificulto
 lo que antes facilité
 aunque crédito no dé
 a vislumbres de esta insulto.
 ¡Pero a tal hora y oculto
 en vuestra casa don Juan!
 Permisiones de galán

exceden el justo extremo.
 No os culpo yo, pero temo
 peligro del qué dirán.

Vase el conde CARLOS

LEONOR: (Miedos, ¿qué hacemos aquí Aparte
 si en esta tempestad toda
 soy la vaca de la boda
 y ha de llover sobre mí?
 Por el Conde me perdí,
 de él me voy a socorrer;
 y cuando no pueda ser,
 pues a embelecocos me atrevo,
 oficio conmigo llevo
 que me gane de comer.)

Vase LEONOR

ANA: Prima, por verte en altura
 que a tus deudos nos honrase,
 procuré que se casase
 con un conde tu hermosura.
 El amor todo es ventura.
 No la supiste tener.
 Don Juan te ha echado a perder
 y es quien de ti más se ofende;
 que quien todo lo pretende
 todo lo viene a perder.

Vase doña ANA

ELISA: ¿Qué intentará agora-- ¡cielos!--
 mi airado padre conmigo
 que entre el perdón y el castigo
 me derrotan sus desvelos?
 ¡Tanta tempestad de celos,

Fortuna! Pues multiplique
 olas que a mi fe dedique;
 que si engolfándome van
 y no es Santelmo don Juan,
 el remedio es irme a pique.

Vanse. Salen doña ANA y LEONOR

LEONOR: Esto es todo lo que pasa.

ANA: En efecto, ¿qué tú fuiste
 la que a Carlos escondiste?

LEONOR: Ocúltéle por ti en casa
 y, de ella salgo por ti,
 huyendo.

ANA: Mientras la mía
 de ti su esperanza fía,
 en ella tendrás, y en mí,
 la acción que yo. Y, si don Juan
 hace caso de su honor
 y paga mi honesto amor,
 mis dichas te deberán
 las medras de nuestro engaño.

LEONOR: Ten por cierto que no esté
 en Madrid quien más te dé
 pesares en todo este año.

Yo vi a sus puertas el coche
 con las mulas de camino;
 que ha de sacarla imagino
 el viejo esta misma noche.

ANA: Logre mis dichas, Amor
 y sáqueme de estas olas.

Sale don JUAN

JUAN: Pésame no hallarte a solas.
 Retírate allá, Leonor.

LEONOR: (Bueno se le va poniendo Aparte
el ojo a la haca. ¿Ya están
los amores de don Juan
de otro temple? No lo entiendo.)

Vase LEONOR

JUAN: Doña Ana, yo necesito
de tu amor y tu consejo.
Herido a don Carlos deajo,
deslumbróle su delito.

Aguardéle en esa calle;
ciego me salió a buscar.

La razón me pudo dar
aceros para sobralle.

Enemigo es poderoso,
peligrosa mi asistencia,
si se evita con mi ausencia,
partirme luego es forzoso.

Débote la voluntad
que pagarte no he podido,
cuando más reconocido
no quiere mi adversidad
que llegue a corresponderla.

El peligro me da prisa;
la poca lealtad de Elisa
ocasión de aborrecerla.

ANA: No querrá mi estrella airada,
don Juan, ya en mi favor cuerda,
que cobrándote te pierda
hoy dichoso, hoy desdichada.

Haga el Conde diligencias
buscándote; que en mi casa
mientras este rigor pasa
desmentirás sus violencias.

Este cuarto, ese balcón,
pues en amar te aventajo,
pasándome yo al de abajo
te ha de servir de prisión.

JUAN: Donde reina la piedad,
 donde triunfa tu firmeza,
 si es mi alcaide tu belleza
 mi prisión es libertad.

Mas recelo de Leonor
 que me vio entrar.

ANA: No hay temella.
 Téngola grata, y por ella
 se ha de lograr nuestro amor.

JUAN: Tú lo dispones de suerte
 que en las dichas que intereso
 soy ya dos veces tu preso.

ANA: Libros en que entretenerte
 hay sobre ese contador
 y aderezo con que escribas
 versos, que a Elisa apercibas,
 mientras que viene Leonor
 a traerte de cenar
 y a disponerte la cama.

JUAN: La aurora aljófara derrama.
 Tarde es para reposar.

ANA: No tienes en qué ocuparte.
 Los presos duermen de día.

JUAN: Desvela Amor, Ana mía,
 y amo yo.

ANA: Quiero cerrarte
 que te temo fugitivo.

JUAN: Si me buscare Corral,
 fíate de él que es leal.

ANA: Adiós, pues, dueño cautivo.

Vase cerrando con llave

JUAN: ¡Extraña temeridad
 he intentado, ciego Amor!
 Contento estoy con vivir
 tan cerca de quien murió.

Sale CORRAL [por otra puerta, abriendo con llave.]

y habla hacia dentro

CORRAL: Déjame la llave y vete
a tus haciendas, Leonor.
Aunque siendo haciendas tuyas
no tendrán mucho de Dios.

JUAN: ¡Oh, mi Corral, bien venido!

CORRAL: Corral y tan tuyo soy
que esta vez he de quitarte
todo el mal de corazón.
Déjame cerrar la puerta.
Retirémonos los dos
donde, ya que nos acechen
no nos oigan. Atención:
después que al coso saliste
picado del garrochón
de los celos, si no toro
torote atropellador,
de lo roso y lo velloso,
yo, herido de mi temor,
tuve envidia en las paredes
a las letras de carbón,
deseando transformarme
en ellas con saber yo
ser cartapacio del necio
y sátira del lector.
Cuando después que te fuiste
cada cual competidor
sarpullido de los celos,
le dio a tu dama un jabón.
Quedaron ella y su padre...
¡Ya ves qué tales los dos!
¡Como en las uñas del gato
el temeroso ratón!
Ponderó lo que te amaba,
tus finezas, tu valor,
la tempestad de tus celos,
lo limpio de tu afición
y que próspera en no dar

sospechas al pundonor
en los que a vistas vinieron
a esconderte te obligó.
Que a don Pedro aborrecía
más que el buho el resplandor,
al buen año el avariento,
a la Hermandad el ladrón.
Juró como un catalán
no saber quien ocultó
a aquel Conde entremetido,
de nuestra paz Galalón,
que ni de él tuvo noticia
ni en su vida le dignó
la memoria ni aun los ojos.
Mas que, a pura persuasión
de doña Ana que la dijo
ser tu amigo protector
y querer con tal engaño
redimir su vejación,
concedió con su embeleco,
y la cláusula cerró
con ofrecer a su espada
el cuello todo candor.
Oyóla pro tribunali
el viejo ponderador,
resolviéndose después
de media hora de sermón
en que había de llevarla
a Lerma antes que, veloz,
diese el alba afeitado al Prado
y a su oriente bermellón.
Entró a prevenirse Elisa.
El viejo aprestar mandó
el coche con dos criados
y, entre tanto... oye el mejor
caso que escribió poeta
que, a serlo a fe de quien soy,
que sin mendigar asuntos
yo enriqueciera a un autor.
Entre tanto, como digo,

por un pariente envió,
confidente de su casa,
celoso de su opinión.
A éste, pues, en puridad
le dijo, "Álvarez, yo estoy
resuelto a honrar con la sangre
del conde mi sucesión.
Persuadir que trueque Elisa
en desdén la inclinación
que a don Juan tiene es querer
que el abril viva sin flor.
Fiado, pues, en el tiempo
cuya cuerda dilación
muda afectos y apetitos,
he fingido que llevo hoy
a un monasterio de Lerma
a Elisa, en cuya prisión
escarmiente rebeldías
y se mude su rigor.
Sacaréla luego al punto
de la corte y, yendo yo,
Dorotea y Alvarado
con ella, sin permisión
que a persona comunique,
ni vea aun el resplandor
del cielo con las cortinas
echadas. Mi prevención
estriba en que ignore el pueblo
que ha de darla habitación.
Llegaremos de esta suerte
a la una o a las dos
a sestear a las ventas
que llaman de Torrejón.
Retiraréla a una cuadra
hasta que cubra de horror
la noche nuestro hemisferio
y, siguiendo mi ficción
daremos vuelta a Madrid
persuadiéndola que estoy
resuelto a que viva oculta

en Illescas, donde vos
la esperáis a instancia mía
mientras la murmuración,
sepultada en el olvido,
no lastime nuestro honor.
Vendrémonos tan despacio
que entremos cuando el rumor
y bullicio de la gente
no pueda darla ocasión
para advertir que a la corte
mi engaño la restauró.
Vos, don Álvaro entre tanto,
en fe que mi amigo sois
y que en vuestra lealtad tengo
antigua satisfacción,
despejando aquesta sala
de cuanto adorno la dio
la calidad de mi estado
y de mi hacienda el valor,
cuadros, escritorios, sillas,
colgaduras, contador,
cama, estrado, sin que quede
un clavo que dé ocasión
a que reconozca el sitio,
pediréis al corredor,
Luis de Toledo se llama,
otra tanta ostentación
que de modo la disfrace
que no la conozca yo.
Retirada en ella Elisa,
y las puertas del balcón
clavadas, dando la luz
la vidriera superior,
ni creerá que está en la corte
ni viéndola sino vos.
Hará don Juan diligencias
que despierten su afición.
Solicitaré entre tanto
que el conde, que sospechó
mal del desaire pasado,

haga cuerda información
de la honestidad de Elisa
y, buscando intercesor
poderoso, si es su amante
lograré mi pretensión."
Esto dijo, esto escuché,
temeroso acechador,
por el hueco de la llave.
Esto mismo prometió
el don Álvaro, pariente,
partiendo a su ejecución
como el coche a su jornada.
Salí a tienta a un corredor.
Topé con una escalera.
Hasta un patio me guió.
Di desde él en un corral.
Salté desde un paredón.
Supe que el Conde iba herido.
Mi lealtad adivinó
que estabas en esta casa.
Doña Ana abrirme mandó.
Y la noche que se sigue
volverá a la posesión
de su cuarto nuestra Elisa.
Si permanece tu amor,
pared en medio la tienes,
Tisbe y Píramo los dos.
No os veréis por redendijas
mas de balcón a balcón.
Para que os comunicuéis
con toda circunspección
sin riesgo de la conciencia,
que no lo permita Dios,
traza tengo imaginada
que ha de hacerme arquitector
balconero con que admire
al artífice mayor.
Ya sabes mi habilidad.
Mi ingenio es ensamblador.
Lo que te quiero infinito.

Consulta a tu suspensión
 durmiendo agora sobre ello
 y si te está bien o no;
 que después queda a mi cargo
 el lograr esta invención.

JUAN: Corral, cosas me refieres
 que, al paso que nuevas son,
 causan en mí novedades
 extrañas.

Sale doña ANA

ANA: Vendrá Leonor,
 que es hora que don Juan cene.

JUAN: Abre, Corral.

ANA: Pues, señor,
 ¿cómo os va de carcelaje?

JUAN: Doña Ana, ¿cómo con vos?
 Tarde es para que cenemos.

CORRAL: Almorzar será mejor
 y reposarás de día.

Don JUAN habla aparte a CORRAL

JUAN: No hay plato de igual sazón
 como el hablar de mi Elisa.

CORRAL: Déjame a mí.

JUAN: Vuelva yo
 por ti a la gracia de Elisa
 y mi hacienda a tus pies pon.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Salen don ÁLVARO, don ALONSO, LEONOR y
ELISA, traída por mozos en una silla de manos. [Don
ALONSO habla aparte a don ÁLVARO mientras que ELISA salga
de la silla]*

ALONSO: La industria ha sido extremada,
pues en el coche cubierta,
creyendo que a Illescas viene,
la dejo en su cuarto presa.

ÁLVARO: A Leonor topé en la calle,
y luego la hice por fuerza
que viniese conmigo.

ALONSO: Don Juan la esperanza pierda.

ÁLVARO: Está muy bien advertido
[. e-a]

A ELISA

ALONSO: Enmienda tu condición,
que mientras no la mudares
y más cuerda me obligares
ha de durar tu prisión
lo que durare mi vida.
¡Presto la consumirás!
Todos presumen que vas
a Lerma. Traza es fingida
para que no sepan donde
te niego a sus diligencias.

¡Extrañas tus resistencias
 son! Ni don Pedro ni el Conde
 te satisfacen. Don Juan
 no ha de ser tu esposo. En esto
 no hay que hablarme. Si has dispuesto
 darme disgustos, tendrán
 aquí los tuyos castigo.
 Si intentas que no me arroje
 a más extremos, escoje,
 consultándolo contigo.

A don ÁLVARO

Cerrad y venid, que es hora
 de partirme.

ÁLVARO: Ejecutor
 he de ser de este rigor.
 Mirad lo que hacéis, señora.

*Vanse los dos y cierran con llave por de
dentro*

ELISA: No sé si diga que siento
 el verte en mi compañía
 más que cuanta tiranía
 oprime mi pensamiento.

LEONOR: Suerte es de los desdichados
 que yerran en cuanto emprendan,
 con los servicios ofendan
 e indignen con los agrados.
 Doña Ana con las malicias
 de don Carlos me engañó.
 Merezca, señora, yo
 perdón siquiera en albricias
 de que está aquí tu don Juan.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que a Illescas vino,
 tú el norte de su camino

y él tras ti tu piedra imán.

Doña Ana tiene a don Juan
en su casa. Y para darte
aviso, vine a buscarte
y cogíome en el zaguán...

ELISA: No me digas más, Leonor.

LEONOR: Responde a las ansias mías.

¿Has visto por dó venías?

ELISA: ¿Cómo, si hasta el resplandor
del cielo mi padre airado
me limitaba? Aun de noche
no nos permitió que al coche
corriesen un encerado.

Yo a la popa, él junto a mí;
de día en una posada
tan oculta y retirada
que aun los huéspedes no vi.

Apenas llegué a esta villa
cuando me sale a la puerta
también para mí encubierta
de esta posada una silla.

Y entrando a oscuras en ella,
para que todo lo dude,
aun la escalera no pude
ver cuando subí por ella.

LEONOR: Tu tío me trujo aquí
sin ver por dónde y culpada.

El Conde, que interesada
me juzga, volvió por mí
y alcanzó que te asistiese
con cargo de ponderarte
que su vida es adorarte.

Doña Ana, para que hiciese
que de don Juan te olvidases,
también por mí ha intercedido
y los dos me han ofrecido,
como con Carlos te cases,
dote y ajuar; pero yo
que contigo me crié
y por experiencia sé

que el cielo te destinó
 a don Juan, que te merece,
 resuelta en morir contigo
 al cielo doy por testigo
 de lo que mi fe te ofrece.

Cama y alcoba curiosa
 hay que autorizan su dueño.

ELISA: Con pesadumbre no hay sueño.

Poco quiere quien reposa.

Rezaré un rato primero
 y entrarásme a desnudar.

LEONOR: ¿Enamorada y rezar?

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que aquí te espero.

Vase ELISA

Disponiéndose van bien
 de Corral las invenciones.

Saca muchas llaves en un llavero

Fióme sus intenciones
 y quiérole un poco bien.

Agora falta probar
 si entre tanta multitud
 de lleves tendrá virtud
 alguna para burlar

la impertinente quimera
 del viejo en nuestra prisión;
 porque con llave al balcón,
 sin ver la calle siquiera

es morir. Aunque Amor muestra
 industrias en la apretura,
 y más de tanta clausura...

Ésta pienso que es maestra.

Voyle a probar entre tanto
 que cumple sus devociones

Elisa. Hermanos balcones,
dad luz, y sea por encanto.

Vase y salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Viento en popa navegamos
por el pasaje común
de los que nacen de pies.
La Fortuna te hace el buz.
Ya tu Elisa está en su casa
puesto que de mancomún.
Su padre y su confidente
la hacen creer, en virtud
de que a Carlos dé la mano,
que está en Illescas según
escuché trazarlo anoche
a la avara senectud
de su padre. Fuera duerme
doña Ana, que la avestruz
de la muerte le ha sisado
a su tía la salud.
No volverá según esto
hasta que con nueva luz
trueque el sol en cunas de oro
el marítimo ataúd.
Encajado el pasadizo
que ha de ser nuestro arcaduz,
y de balcón a balcón
echó mi solicitud.
Por más que encarcele el viejo
a tu Elisa, si tahir
eres, a figura estás
yendo a primera de flux.

JUAN: Las paredes están altas,
la calle toda inquietud,
los vecinos maliciosos.
La honra peligra...

CORRAL: ¡Jesús!
¿De cuándo acá eres cobarde?

Calóse el cielo el capuz,
 monjil de la viuda noche,
 sin verse un jirón azul.
 Durmiendo la vecindad,
 la luna en el mar del sur,
 y ¡tú amor con tembladeras!
 ¡Miren qué asalto de Ormuz!
 Vete, y verás mis desvelos.

JUAN: ¡Oh, Amor, si sacas a luz
 mi esperanza, deberánte
 mis sentidos su quietud!

*Vanse don JUAN y CORRAL. Sale LEONOR con una llave
 de loba*

LEONOR: Hechicera es esta llave.
 No hay para ella prevención.
 Abrí al instante el balcón.
 También por la puerta cabe
 de la sala que he ya abierto.
 Deberále a mi artificio
 don Juan todo este servicio,
 pues con él su amor despierto.

Sale CORRAL

CORRAL: Dóysela al mismo Arquimedes,
 si es hombre, de tres la una.

LEONOR: ¡Ay, Jesús! No me has dejado
 gota de sangre.

CORRAL: Las brujas
 como tú, por tener poca,
 dicen que a los niños chupan.

LEONOR: ¿Por dónde entraste?

CORRAL: A la chanza
 de un tablón se lo pregunta.
 Sacabuche balconero
 cuyo cuello como grulla

ya se extiende, ya se encoge,
 y celebrando mi industria
 en el otro se incorpora
 con invención tan segura
 que pueden pasar por él
 los chapines de una viuda.
 Que yo subí por encaje.

LEONOR: Sí, pero Corral, ¿quién duda
 que en viéndolo los que pasan
 nuestra opinión no destruyan?

CORAL: Anda, que estás hoy modorra.
 Ya te digo que se excusa
 todo registro mirón;
 pues cuando el sol o la luna
 quieran hacer de él alarde,
 retirándole se oculta
 del modo que la naveta
 del escritorio; que ocupa
 el espacio de su hueco.

Sale ELISA

ELISA: Si no hablas con las pinturas,
 Leonor, ¿con quién te entretienes?

¡Jesús! Corral, ¿tú aquí?

CORAL: Triunfan
 sutilezas amorosas
 de impertinencias caducas
 y éntrase por cualquier parte
 Amor, que es deidad desnuda.

ELISA: Bien; mas ¿con llave las puertas?

CORAL: Para Amor no hay cerraduras;
 que como es su padre herrero
 le enseñó a forjar ganzúas.

ELISA: ¿Quién te dijo que en Illescas
 estaba yo?

CORAL: Amor, lechuza,
 que escondiéndose del sol

te supo seguir a oscuras.
 En Illescas y en la corte
 estás a un tiempo y, sin culpa,
 presa en tu mismo aposento
 él de don Álvaro ocupas.
 Si quieres averiguar
 todas estas garatusas,
 abre [al] balcón las ventanas,
 repara el modo y figura
 de la sala en que te prenden.
 Mira esa alcoba o estufa,
 las bovedillas del techo
 que en Illescas poco se usan,
 esas puertas y paredes
 que como los trajes mudan
 cual danzantes se disfrazan
 con ajenas composturas.
 Yo pasé por el balcón.
 Pasar puedes tú si gustas,
 que la puente levadiza
 ningún pasajero excusa.
 Don Juan está en ese cuarto.
 De tu prima estás segura.

No hay cosa que te dé enojo.

[Dice dentro don ALONSO]

ALONSO: Esperadme, conde, aquí.
 ELISA: ¡[Aquéste] es mi padre!
 LEONOR: Sí.
 CORRAL: Al pasadizo me acojo.

Vase [CORRAL]

ELISA: Yo me retiro a esta puerta.
 LEONOR: Engaños hay para todo.
 [. -odo]

[. -erta].

ALONSO: ¡Hola! Abrid aquí.

LEONOR: ¿Quién es?

Sale don ALONSO

ALONSO: Si yo por de fuera cierro,
¿para qué es prevención tanta?

LEONOR: Para que quien entre dentro,
no nos halle de improviso
en civiles ministerios.

ALONSO: (Yo quiero con esta industria Aparte
estorbar sus pensamientos.)
Llama a Elisa.

Sale ELISA

ELISA: Pues, señor,
¿has hallado modos nuevos
con que añadirme pesares?
¿Mudaste ya de consejo?
¿Quedósete algo olvidado?
Que yo te estaba midiendo
dos leguas de aquí el camino.
¿A qué vuelves?

ALONSO: Ya no es tiempo
de proseguir invenciones.
Hija, sólo los recelos
de que don Juan te inquietase
determinarme pudieron
a persuadirte que estabas
en Illescas; mas supuesto
que ya no nos hace estorbo,
que estás en Madrid te advierto
en tu casa y en tu cuarto.

ELISA: ¿Dónde?

ALONSO: En tu casa.

doña Ana y don Juan las manos,
 unos y otros tan contentos
 que enviándome a llamar
 testigo he sido y tercero
 en casa de doña Clara
 de finezas y de afectos.
 Mañana, en fin, se desposan,
 y el Conde, que por ti ha expuesto
 la vida, viene conmigo.
 ¡Ya ves lo que le debemos!
 Págale grata su amor.

LEONOR: (¡Jesucristo! ¡El embeleco Aparte
 que ha tejido en un instante!
 ¡Válgate la trampa el viejo!)

ELISA: Cosas, señor, me refieres
 que las presumiera sueños
 a no ser quien las afirma
 tan digno de fe y respeto.
 ¡En la breve duración
 de un día tanto suceso!
 ¡Tanta mudanza en don Juan!
 ¡Tan poco amor en su pecho!
 ¡Alto, Amor desvanecido
 al uso del siglo andemos!
 Lo que arruinaron engaños
 reedifiquen escarmientos.
 al conde Carlos admito.

[Abrázala]

ALONSO: ¡Agora sí que en tu cuello
 como la hiedra en el olmo
 mis años rejuvenezco!
 Aquí está, voy a llamarle.
 ¡Qué buenas nuevas le llevo!

ELISA: ¿A estas horas? No señor.
 Mañana con más sosiego
 dispuesta el alma a servirte
 podrá venir.

ALONSO: Bien, no quiero
 apresurarte; mas mira
 que, pues quedamos en esto,
 no me saques mentiroso.

Vase don ALONSO, [cerrando con llave]

LEONOR: Señora, ¿qué es lo que has hecho?

ELISA: Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres
 de un alma toda recelos
 que entre engaños que ha escuchado
 duda verdades? ¡Que tiemblo!
 Don Juan adoró a doña Ana.
 Apariencias le ofendieron
 del conde en mi casa oculto,
 hirióle, ausentóse, y temo
 que escondiéndose en la suya
 siendo huésped, salga dueño.
 Abre, Leonor. Dame el manto.

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: Las dos iremos,
 o yo sola que es mejor,
 quedándote tú aquí dentro.
 Si a don Juan hallo en la casa
 de mi prima, desaciertos
 de mi temor me engañaron;
 mas si no, cuanto sospecho
 es sin duda.

LEONOR: ¿Y no reparas
 que han de conocerte luego
 los criados de tu prima?

ELISA: Todos estarán durmiendo.
 La casa tiene vecinos.
 Hallaré el portal abierto.
 Arriba en el cuarto solo
 vive don Juan casi preso.
 Fingiré que soy doña Ana,
 abriráme y trazaremos,
 si se engañan mis malicias,

los dos el mejor acuerdo
que asegure mis temores.

LEONOR: Loca estás.

ELISA: Estoy sin seso.

LEONOR: Pues ¿dónde habemos de hallar
el manto si entraste en cuerpo
desde el coche hasta la silla?

ELISA: Mantos hay en mi aposento
Mira ese cofre, Leonor.

LEONOR: Vamos; que apaciguar celos
es pedir peras al olmo.

ELISA: Leonor, avisa en sintiendo
a mi padre.

LEONOR: ¿Yo? ¿Por dónde?

ELISA: Tendrá el pasadizo puesto
Corral, y desde el balcón
me llamarás.

LEONOR: En efecto
¿das en creer disparates?

ELISA: Dúdoslos si no los creo.

*Vanse las dos y salen don ALONSO, don PEDRO y el
conde CARLOS, con banda*

CARLOS: Escondido y atento
escuché su amoroso sentimiento,
y que ofreció discreta
ser dueño mío si doña Ana aceta
a don Pedro y olvida
a don Juan. Pues nos consta su partida
a Valencia, no queda
inconveniente que estorbarnos pueda.

ALONSO: La elección que en su amor don Pedro ha hecho
nos obliga a ayudarle.

PEDRO: Satisfecho
de su honesta hermosura
desde que fui su huésped, mi ventura
a adorarle me inclina.

ALONSO: Seguirá mis consejos mi sobrina

pues por padre me tiene.
 Fuera de que avisarla me conviene
 de todo este suceso
 pues el fin que intereso
 estriba en que a su prima persüada
 que con don Juan su boda concertada,
 será más venturosa
 si con ella don Carlos se desposa.

PEDRO: Cuidad de exagerarla
 lo mucho que me esmero en adorarla,
 lo que pienso servirla.

ALONSO: A mí me está tan bien el persuadirla
 la suerte que no espera;
 que cuando no por vos por mí lo hiciera.
 Hallaréla dormida;
 mas no importa. Despierte; que sabida
 la nueva que he de darla,
 lisonja pienso que es el despertarla.

*Vanse y salen doña ELISA con manto, don JUAN
 y CORRAL*

ELISA: Todo esto pueden sospechas
 si bien hallándoos aquí
 del alma las despedí.

JUAN: Como estén ya satisfechas;
 aunque tormentas deshechas
 fulmine en el mar de amar
 la Fortuna, que turbar
 mis esperanzas procura,
 Santelmo vuestra hermosura,
 no han de poderme anegar.
 Sentaos un rato. Tracemos
 ardides con que podamos
 vencer, aunque padezcamos
 inclemencias que tememos.

ELISA: Don Juan, prevenir extremos
 de un padre todo violencia,
 a costa de la paciencia

es forzoso. Yo me voy.

JUAN: Mirad que en la gloria estoy
en fe de vuestra presencia.

A estas horas, ¿qué teméis?

ELISA: Temo, don Juan, el cuidado
de un padre que desvelado
Argos en mi ofensa veis.

JUAN: ¿Por el balcón os iréis?

CORRAL: Yo le voy a prevenir
entre tanto; que el zafir
del cielo platea la aurora.

Vase CORRAL

JUAN: Merezca quien os adora
sólo este instante vivir.

ELISA: Es la Fortuna inhumana
de mi paz tan enemiga...

*Siéntanse los dos de espaldas a la puerta
por donde entra don ALONSO. [Sale don ALONSO] y se levanta don
JUAN. Doña ELISA se queda sentada y cubierta con el
manto*

ALONSO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Parece que escuché a Elisa.
¿Con luz la sala y abierta?
Madrugado ha mi sobrina.

Doña ELISA habla aparte con don JUAN

ELISA: Éste es mi padre. ¿Si en casa
me echó menos? ¡Qué desdicha!

JUAN: Cubre la cara y no temas.

ALONSO: ¡Don Juan!

JUAN: ¿Mandáis en qué os sirva?

ALONSO: ¿Qué hacéis vos en esta casa?

JUAN: Experiencias de cuán digna
es de alabanza su dueño,
pues así su amor me obliga.

ALONSO: ¿No os íbades a Valencia?

JUAN: Es poca causa una herida
en mi agravio ocasionada
para ausencia tan prolija.

ALONSO: ¿Qué es de doña Ana?

JUAN: Llevóla
la enfermedad de su tía
para que como heredera
a su testamento asista.

ALONSO: ¿Qué veo? ¡Válgame Dios!

JUAN: ¿Qué os ha dado?

ALONSO: ¡Pues, Elisa!
¿Tú a tal hora y en tal parte?
¿Así mi honor precipitas?
¿Así tu fama atropellas?
¿Así mi sangre lastimas?

JUAN: ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?

ALONSO: ¿Cómo? ¿Qué queréis que diga?
¿Quién estar en sí pudiera?
¡En vuestra sangre, en su vida,
satisfacer mis deshonras!
Con alguna llave hechiza
falseaste mis cuidados,
franqueaste tus malicias.

JUAN: Volved, señor don Alonso,
en vos. Que es grande desdicha
que vejez tan venerable
de su prudencia desdiga.
Si sacasteis de esta corte,
dos noches ha, a vuestra hija,
si nuestro amor os ofende,
si agora a Lerma camina,
¿quién vuestros discursos ciega?
¿Quién os altera la vista?
¿Quién quimeras os retrata?
¿Quién apariencias os pinta?

Advertid que esta señora
 como a preso me visita.
 Fue doña Ana a ver su enferma
 y, mi fe reconocida
 a un amor tan generoso,
 como halló en su hermosa vista
 contrahierba a mis desvelos,
 que se quede la suplica
 conmigo un rato, fiadora
 de su honor la cortesía.
 A este tiempo entrasteis vos,
 y del modo del que mira
 por cristales de colores
 juzga de la especie misma
 todas las cosas que advierte.
 Los cuidados que os lastiman
 os hacen creer que son
 cuantas damas veis Elisas.
 Doña Ana quiere a don Pedro,
 el Conde los patrocina.
 Los dos tratan desposarse.
 Sus esperanzas estriban
 en vuestro consentimiento.
 Ausente está de esta villa
 vuestra ingrata sucesora
 ¿qué ocasión, pues, os incita
 a desbaratar acciones
 de vos tan apetecidas?

ALONSO: ¡Persuadirme que estoy loco
 para que mejor se finja
 vuestro engaño! ¡Que, aunque viejo,
 no está la sangre tan tibia
 en mis venas que no baste!

JUAN: Sosegaos, señor.

ALONSO: Malicias
 semejantes no merecen
 quietud si no se castigan.
 ¿A mí negarme evidencias?
 ¡Aquel manto, la basquiña,
 el talle, la misma voz

que escuché cuando subía
conozco!

JUAN: ¡Qué extraño tema!
¿No habrá en Madrid quien se vista
de la misma suerte que otras?

ALONSO: Si puedo con descubrilla
convencer vuestros enredos
¿qué aguardo?

Quiere destaparla y detiéndele don

JUAN

JUAN: No se averiguan
en desdoro de las damas
recelos con demasías.
Suspended cortés la mano
o no os guardarán las mías
la noble veneración
a que las canas obligan.

ALONSO: ¡Negáisme que vea su cara!

*Alza todos los tapices muy colérico y tiente
todas las paredes*

¡Ah, quién tuviera en la cinta
el acero que los años
para su agravio jubilan!
Falseó el atrevimiento
llaves que el vicio fabrica;
pero mientras la experiencia
certidumbre examina,
quedaos, aleves, que yo
volveré a casa y, si Elisa
no está en ella, aunque con riesgo
de su opinión ya perdida,
lo que no pueden mis años
será fuerza que remita
al socorro de las canas,

dando cuenta a la justicia.
 La llave que aquí olvidasteis,
 dejándoos presos, os quita
 de la mano la ocasión
 de que huyáis.

*Quita la llave de la puerta y vase cerrando por
 fuera*

ELISA: Corral, aprisa,
 que es la dilación dañosa.

Sale CORRAL

CORRAL: Nuestra puente levadiza
 te asegura. ¡Alto, a pasarla!

JUAN: Adiós dueño de mi vida,
 que yo velaré entre tanto,
 Argos el alma en mi vista
 para socorrer desaires
 si en ellos mi amor peligra.

Vanse. Sale LEONOR

LEONOR: Picóse mi ama en el juego.
 No tiene tanto temor
 como yo.

*Sale ELISA quitándose el manto
 apresurada*

ELISA: ¡Leonor, Leonor!
 Quítame este manto luego
 y escóndele. ¡Acaba, pues!

LEONOR: ¿Viene señor?

ELISA: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Y te vio con don Juan?

ELISA: Sí.
Referiréte después
cosas que te den espanto.
Descuidados nos cogió.

LEONOR: ¡Jesús! ¿Y te conoció?

ELISA: No y sí. Acaba, esconde el manto.
Date prisa; que de hallarle
me pierdo. Llévale.

LEONOR: ¿Adónde?

ELISA: En los colchones le esconde;
pero no, que ha de buscarle.
Échale por el balcón
en la calle... Mas verále
mi padre que agora sale
de esotra casa.

LEONOR: ¡Dispón
qué habemos de hacer!

ELISA: Espera,
bájale a nuestro aposento.

LEONOR: Peor, que a tu padre siento
subir ya por la escalera.

ELISA: En la manga.

LEONOR: Mal consejo
que en una comedia vi
que le escondieron así
y todas las oye el viejo.

ELISA: Mira, pues, que sube.

LEONOR: Aguarda,
verás un ardid bisoño.
Metámosle en este moño.

*Destócase LEONOR y quítase una
jaulilla. El manto ha de ser de los que llaman de humo.
Métenle doblado en la jaulilla y vuélvase Leonor a
ponerla. Dentro don ALONSO*

ELISA: ¡Sutil industria!

LEONOR: ¡Gallarda!
Alíñame esos cabellos.

ELISA: ¡Qué mal se reirá quien llora!
 LEONOR: Barzagas que le halle agora.
 Acaba de componellos.
 ALONSO: Leonor, esa aldaba quita.
 ELISA: Señor, pues ¿a qué otra vez?

Sale don ALONSO

ALONSO: ¡Jesús, Jesús, mi vejez
 el seso me precipita!
 ¿Por dónde pudiste entrar
 en esta pieza?

*Mira y tienta las paredes y la
 alcoba*

ELISA: ¿Qué dices?
 ¿Qué buscas en los tapices?
 ¿Qué por la cama?
 ALONSO: Engañar
 mis advertencias pensabas?
 ¿Qué es del manto que traías?
 ELISA: ¿Manto? ¿Cuándo? ¡Desvarías!
 ALONSO: Cuando con don Juan estabas.
 LEONOR: ¡Ay desdichada de mí!
 Señor ha perdido el seso.
 ELISA: ¿Yo con don Juan?
 ALONSO: De tu exceso,
 liviana, evidencias vi.
 Despejad las dos las mangas.
 Manifestad faltriqueras.

Míralas

LEONOR: (O está sin seso de veras Aparte
 o viene a caza de gangas.)
 ELISA: Padre y señor ¿qué te han dado?

¡Ay, cielos, que me la han muerto!

LEONOR: O caduca o ten por cierto
que el Conde nos le ha hechizado.

ELISA: Padre mío de mis ojos,
¿qué tienes?

Hace que llora

ALONSO: Lloro y derrama
embustes. ¿Si está en la cama?

Vuelve a mirar en la alcoba

ELISA: ¡Nunca yo te diera enojos!
¡Que he de pagar tan aprisa,
Fortuna, tantos rigores!
¡Ay, padre mío!

LEONOR: (¡Ay, amores!) Aparte

ALONSO: Sosiega el pesar, Elisa.
Entré a buscar a tu prima.
Hallé a don Juan y a su lado
a una dama que aunque echado
el manto, juzgué de estima.
Engañóme su vestido,
su talle y disposición;
pues, dando fe a mi ilusión,
descortés los he ofendido.
Cerrados, hija, los dejo
y es fuerza el volver a abrillos.
Templarélos con pedillos
perdón. ¿Qué quieres? Soy viejo.
Donde hay canas, hay malicias.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: ¡Donoso paso!

ALONSO: Si con el Conde te caso,
yo te permito, en albricias
del gusto que he de tener,
que os burléis las dos de mí.

Reposa, no estéis así
que quiere ya amanecer.

Razón será que repares
enfados de mis extremos,
casarás y trocaremos
en regocijos pesares.

¿No quieres al Conde mucho?

ELISA: Mucho no, pero querréle
poco a poco.

LEONOR: Amor no suele
entrar de golpe.

ALONSO: Ya escucho
que le dices mil ternezas.
Advierte que ha de venir
conmigo a las diez. A abrir
voy a don Juan. Mis simplezas
perdona y acuéstate.

Vase don ALONSO y ciérralas

ELISA: Leonor, vuelve a darme el manto
y di a Corral entre tanto
que eche el puente.

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: El para qué es de provecho.
No hallándome con don Juan,
¿de qué, Leonor, servirán
los embustes que hemos hecho?

LEONOR: ¿Pues no es mejor que ahora vaya
yo en tu nombre, y que encubierta
le deslumbre?

ELISA: ¿Y si te acierta
a conocer? ¡Que esta saya
vino a ser causa y materia
de la tragedia que oíste!

LEONOR: Tu saya y tu manto me viste.

Quitándose ELISA la saya

ELISA: Dices bien.

Poniéndose la saya de su ama

LEONOR: ¡Cuál va la feria
de enredos!

ELISA: El manto toma.

Pónese LEONOR el manto

LEONOR: Llamo al patrón de la nao.

Hacia dentro

Echa acá la barca, ¡aho!
Ya el alba el copete asoma.

ELISA: No hay amor sin invenciones.

LEONOR: Yo lograré nuestro ardid
porque celebre Madrid
manto, jaulilla y balcones.

Vanse las dos y sale don JUAN

JUAN: Niño dios, no te va menos
que la honra si no sales
airoso del laberinto
en que ciego te enredaste.
Llamas traes. Serena alegre
las confusas tempestades
de tanto amoroso golfo
porque a la playa nos saque.

Salen LEONOR con manto y CORRAL

CORRAL: Entra e iré a alzar la puente.
 Serás Leandro en el aire
 pues nadas olas de vientos
 como el otro nadó sales.

Vase CORRAL

JUAN: Pues, mi bien ¿qué ha sucedido?

ELISA: Don Juan, ya ni industrias ni arte
 nos pueden ser de provecho.
 El conde obligó a mi padre,
 los dos siguieron mis pasos,
 y en fin habré de casarme.

JUAN: ¡Oh, la más crüel...!

LEONOR: ¡Ay, triste!
 ¿Decir quisiste Anajarte?
 Sosiega, ¿no me conoces?

Descúbrese

JUAN: ¡Mil vidas me restauraste!
 Pero, ¿qué embeleco es éste?

LEONOR: No hay tiempo para contarte
 prodigios. Sentémonos
 de la misma suerte que antes;
 que volviera el viejo a abrimos.
 Sabrás cosas admirables.

*Siéntanse, y salen don ALONSO y don
 ´lvaro por la puerta del vestuario y quédase
 LEONOR, tapada, sentada al lado de don JUAN*

ALONSO: Don ´lvaro, de este modo
 averiguaré verdades.
 Id agora a ver si Elisa
 está en su cuarto. La llave
 es ésta. Abrid con sosiego

que como yo aquí dentro halle
la encubierta y vos a mi hija,
creeré que pude engañarme.

JUAN: ¿Ya volveréis satisfecho?

ALONSO: Y corrido. Perdonadme,
señora, si malicioso
di crédito a vuestro traje.
(¡Vive Dios, que es imposible Aparte
no ser ésta Elisa! El talle,
la basquiña, ¡vive Dios!
Yo vuelvo a desengañarme.)

[Hablan aparte don ÁLVARO y don ALONSO]

ÁLVARO: Voy a verlo.

ALONSO: Id con secreto.

Vase don ÁLVARO

ALONSO: (De duda el cielo me saque. Aparte
¡El manto, la saya, cielos!
Acreditan mis pesares
pero cerrada quedó.)

JUAN: No os suspendáis tanto, paren
en amistad sentimientos,
señor don Alonso, y basten
vuestras mismas experiencias
a reduciros afable,
que estimo yo el ser muy vuestro.

ALONSO: En pruebas de nuestras paces
os doy con los parabienes
los brazos, como se case
con vos la dama presente,
y aumentéis felicidades
de Elisa, del conde esposa,
y de don Pedro, su amante
doña Ana, hospedera vuestra.

JUAN: Es deidad Amor y sabe,

manifestando su imperio,
 hacer lo difícil fácil.
 Siglos los cuatro se gocen.

ALONSO: Mil, don Juan, el cielo os guarde
 en vida de esa hermosura.
 Adiós, tomad vuestra llave.

Dásela y vase don ALONSO

LEONOR: Quédese este manto aquí;

Quítasele

que si vuelve a registrarme
 el viejo allá, es peligroso
 porque no hay donde ocultarle.

Sale CORRAL

CORRAL: Esto hasta agora va bien.

LEONOR: Vamos, Corral.

CORRAL: Buen viaje.

Vanse

JUAN: Ya el alba borda el oriente
 de aljófares y granates.
 ¡Ay, si les diese a mis dichas
 el parabién con las aves!
 Parece que siento voces
 en el balcón. ¿Si su padre
 a mi Elisa agravio hiciese?
 Libraréla aunque me maten.

Vase. Salen don ALONSO y el conde CARLOS

ALONSO: Huelgo de haberos hallado,
tan de mañana [en la calle.
Vengo de ver a doña Ana
que hoy con don Pedro se case.]

CARLOS: Duermen tan poco los celos
que han hecho que me levante
antes que el alba, temiendo
perder mis dichas por tarde.

ALONSO: Finezas con como vuestras.
Ya, conde, de vuestra parte
tenéis el amor de Elisa.

*Salen doña ELISA y LEONOR, al paño,
don ÁLVARO y después don JUAN*

LEONOR: Verédeslo, dijo Agrajes.

ALONSO: Don Álvaro, ¿estaba aquí?

ÁLVARO: Con sentimiento bastante
de que de ella desconfíes.

ALONSO: Alto. Debí de engañarme.

JUAN: Don Alonso, si es prudencia
que primero que me case
esperanzas asegure
y venza dificultades;
ya que he sido tan dichoso
que hallé al conde sin buscarle
con vos agora, quisiera
quitar estorbos delante.
Porque anoche le alabé,
poco cuerdo en esta parte,
las prendas de vuestra Elisa,
atropellando amistades
me la usurpa y se desposa.
Recelo, pues, que si sabe
que en otra dama me empleo,
con Elisa sea mudable,
y también me la pretenda.
Vengo, pues, a asegurarme

de él y de vos.

ALONSO: ¿Pues de mí
qué hay que temáis?

JUAN: Escuchadme.
Si la prenda a quien adoro,
teniéndoos a vos por padre,
por su esposo me eligiese,
¿permitiréiselo afable?

ALONSO: ¿Por padre a mí?

JUAN: Así lo afirma.

ALONSO: ¿Pues no es esa...?

JUAN: Es la que hallasteis
conmigo, poco ha, encubierta.

ALONSO: ¿Hay suceso semejante?
¿Y esa dama es deuda mía?

JUAN: Su nobleza es vuestra sangre.

ALONSO: Será doña Ana.

JUAN: Ella u otra.
Vuestro gusto se declare.

ALONSO: Digo, si es la que con vos
dio motivo a los pesares
que ya en gozos se convierten,
que siglos el cielo os guarde
a los dos, con sucesores
que vuestros gustos dilaten.

JUAN: Bésos la mano mil veces.
Vos, conde, habéis de jurarme
de pasar también por esto.

CARLOS: Gustoso, como no pase
adelante nuestro enojo.

JUAN: Juradlo pues.

CARLOS: Don Juan, baste
la palabra que os empeño.

JUAN: Pues, adiós.

ALONSO: Sepamos antes
quién es la dama en enigma.

JUAN: Por agora es importante
encubriroslo. Señores,
cuento con lo que jurasteis,
y luego al punto...

LEONOR: (Ya entiendo.) Aparte

Retíranse ELISA y LEONOR

JUAN: ...veréis que traigo a mi amante.

Vase y sale don PEDRO

PEDRO: Ya llegó la sutileza
a los últimos remates
de su ingenioso artificio.

ALONSO: ¿Qué es esto, don Pedro?

PEDRO: Lances
del amor y del ingenio
que parecen disparates,
y son en vuestro desdoro
bien lastimosas verdades.

ALONSO: ¿Qué dices?

PEDRO: Que hay ya balcones
que para comunicarse
sin que teman precipicios
labran puentes por los aires.
Venid, certificaréisos
de la invención más notable
que pudo fraguar la industria.

CARLOS: Declaraos.

PEDRO: El declararme
ha de ser por vista de ojos.
Venid, veréis el pasaje
que por los golfos del viento
hallan nuevos navegantes.

ALONSO: ¿Qué es esto, confusa noche?

*Vanse. Salen don JUAN, CORRAL, ELISA y LEONOR, y
van pasando [de una casa a otra]*

JUAN: Resoluciones amantes

son dichosas las más veces.

No temáis, mi bien.

ELISA: Ya es tarde
para temor y escarmientos.

Dentro en los balcones

CORRAL: Señores, no tiemble nadie,
no seamos volatines
que, dando a entender que caen,
suelen burlando en el suelo
como huevos estrellarse.

LEONOR: Tenme, Corral.

Va pasando LEONOR

CORRAL: Arlequín,
tente tú; que a esotra parte
suena el viejo.

LEONOR: ¡Ay, desdichada!

*Llegan al balcón el conde [CARLOS], don
ALONSO, y don [ÁLVARO] y bajan los de arriba*

ALONSO: Ya no es posible escaparse.

*Salen al tablado don JUAN, ELISA, LEONOR y
CORRAL*

ELISA: ¡Ay, don Juan! ¡En el balcón
don Pedro, el conde y mi padre!
¡Volvámonos!

ALONSO: ¡No es posible!

JUAN: Yo he de morir o librarte.

Al querer entrar don JUAN, CORRAL y los

*demás, sale doña ANA por la misma puerta
acompañada por don PEDRO*

ANA: ¿Dama en mi casa y oculta?

Don Pedro, de agravios tales
venganza os piden mis penas.

PEDRO: Grande es mi amor, si ellas grandes.

ANA: ¿Así se premian socorros,
don Juan? ¿Así es bien se paguen
favores de vuestros riesgos?

PEDRO: Por ingrato y por mudable
moriréis como Perilo
en la invención que trazasteis.
Sólo hay paso por aquí.

Saca la espada

CARLOS: Y por aquí sólo se abre
salida a un alma rebelde,
franqueándola mi ultraje.

*Sacan las espadas el conde CARLOS y don
ALONSO*

CORRAL: Pasadizo ratonera
es el nuestro. No se llama
sino el puente de Mantible,
pues que le guardan jayanes.

JUAN: Ésta es la dama encubierta
que a solas conmigo hallasteis,
y después me permitisteis
pues que os llame su padre,
que mi esposa la eligiese.
Lo mismo, conde, jurasteis.
Cumplid como caballeros.

ELISA: No violentéis voluntades.
Triunfad de vos mismo, conde;

sed cortés si sois amante.

CARLOS: Razones tan elocuentes,
dignas son de venerarse.
Amparo de vuestro amor
seré de aquí en adelante
domo de don Juan amigo.
Y si estima vuestro padre
serlo mío, como creo,
logrará felicidades
que tal yerno le asegura,
porque yo, si hasta aquí fácil
en no reprimir pasiones,
seré enemigo constante
de quien a don Juan no estime.

ALONSO: ¿Hay bellaquería más grande?

ELISA: ¡Padre mío!

LEONOR: ¡Viejo mío!

ALONSO: Vos lo mandáis, Dios lo hace.

Trázalo Amor contra tantos.

Un viejo solo, ¿qué vale?

DON JUAN: Dejad que los pies os bese.

CARLOS: Anudemos voluntades
que rompieron competencias,
porque eternicemos paces,
dando doña Ana a don Pedro
la mano.

ANA: Sabré estimarle
porque viene de la vuestra.

CORRAL: Pues que se queda incasable,
vuestra virgen señoría,
metámonos los dos frailes.

LEONOR: Eso no, que soy tu esposa.

CORRAL: ¿Que aún no he podido escaparme?

CARLOS: Fenecieron con la noche
confusiones y pesares,
y con el sol amanece
la paz que a alegrarnos sale.

JUAN: Éstos los ardidés son
con que Amor prodigios hace.

LEONOR: Y estos mis embustes son.

No fie en mujeres nadie.

CORRAL: Los balcones de Madrid
aquí da fin, perdonadme
que si no os digo el poeta,
me han mandado que lo calle.

FIN DE LA COMEDIA